

Fui alumno de panzazo, luché por la

sobrevivencia cotidiana, un seis fue bendición para continuar en el camino, mantenerme obediente en la esquina fue plegaria, otras veces salvación y, otras tantas, cautiverio. Bailé el ratón vaquero, el son de la negra, el baile de los divertidos viejitos y por algún momento observé de reojo la sonrisa de mis padres entre las multitudes.



Perdí el miedo al jugar basquetbol con mis primos y compañeros, el fútbol me lo inculcó mi hermano, pero tardé poco tiempo en la cancha por temor al “gordo” que siempre agredía y decidía jugadas y participantes, o quizá por tener dos pies izquierdos como gritaban los compañeros, o peor aún, porque nadie se dio cuenta de la dislexia que marcó mi vida con relación a los deportes. Fui de la generación de alumnos que estrenó un aula de palma, con sus mesabancos destrozados y unos improvisados bancos de madera del árbol de cachimbo que creció en el patio de la escuela. No olvido el pizarrón verde colgado de la viga y los pedazos de gises que desmenuzaba entre mis dedos mientras soñaba con ser “alguien” algún día. Fui de la generación de niños que sus padres nunca conocieron la escuela, de los que recibió tutoría y regaño de sus hermanos mayores, de los que dejaba tirada la mochila y salía corriendo con un tirador en las manos para ir a cazar con los primos y amigos. Fui de la generación de niños que sintió en la piel la incredulidad, que fue rechazado muchas ocasiones por oler mal, por los mocos que siempre escurrían, por tener piojos, por estar mugroso, por llegar descalzo o con los pantalones rotos. Fui de los alumnos que anduvo veredas y caminos de terracerías, de los que utilizaron sandalias dura mil y llegaba siempre a clases buscando un poco de agua para lavarse los pies, para limpiarse un poco la miseria. De los que siete kilómetros de camino diario para ir a la telesecundaria les servía no sólo para repasar las lecciones, sino para soñar que un día el futuro dejaría de ser incierto. Fui de la generación marcada por los discursos de plata-forma, discursos de gobiernos y ladrones de cuello blanco que prometían cambiar el rumbo y

la situación de nuestra gente, marcada por una década de gobierno del PRI donde la inflación anual promedio fue de casi 70% al año, ahora que lo pienso, los años pasaron y las formas de engañarnos también fueron más sofisticadas, tanto que en estos momentos no sólo se oculta la pobreza, sino que también se silencia a quienes protestan y se desaparece a quienes cuestionan las formas de gobierno. Fui de la generación de la esperanza y la desesperanza, de la esperanza que se reflejaba en los pequeños ojitos de mi madre cuando me decía: ¡aunque sea pa maestro que estudies hijo!, de la esperanza de mi abuelo que siempre reconoció en los profesores los únicos libertadores del pueblo, de la esperanza de mi padre para que no siguiéramos su misma suerte, de la esperanza que me construí cuando el Profesor Francisco nos decía: - ¡Si estudian en la Escuela Normal no se preocupen, hay internados, ahí les dan comida y un lugar donde dormir a los hijos de los que no pueden pagar sus estudio!, de la desesperanza que viví cuando fui rechazado después de dos intentos de hacer examen en la Escuela Normal, de la desesperanza que oprimió mi corazón cuando el gobierno anunció la reducción de matrículas y desaparición de los internados, de la misma desesperanza que en estos momentos me ahoga cuando no sólo se rechaza a los hijos de campesinos, sino que también se les asesina y desaparece por manifestarse, por exigir lo que por derecho les corresponde. Fui y sigo siendo de esa generación, la de Lupita, Ma-ría, Roselia, Genarito, Jerónimo, Silverio, Pedrito, Ramiro y Juan que con una sonrisa en los labios atraviesan veredas, montañas y ríos, de los que tararean siempre la canción no aprendida, de los que saben que posiblemente no habrá mañana, de los que esperan, esperan que quienes gobiernan volteen por un momento y dejen de seguir mintiendo.

Soy y sigo siendo de esas generaciones que hemos sobrevivido las inclemencias del tiempo y el rechazo de la gente, por la estigmatización que conlleva ser diferentes, por ser ladinos, por nuestra lengua indígena, por nuestra estatura, por el color de nuestra piel, por la pobreza que se refleja en la negrura de nuestros ojos. Soy y sigo siendo de esa generación que gesta y cree profundamente que las alternativas, esas nuevas formas de hacer las cosas, de hacer mundos posibles, las hacemos nosotros, “Nosotros en primera persona”, quienes vivimos a tiempo y destiempo la injusticia, la discriminación y la desigualdad. Soy y sigo siendo de esa generación en la que la responsabilidad, el cuidado, el acogimiento y el compromiso con los otros, son nuestras versiones humanas, las hacemos

propias, perdemos la calma, ¡no podemos quedarnos quietos! Soy y sigo siendo de esas generaciones de niños de panzazo que logramos salir del pueblo, de los que nos convertimos en profesores porque nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros hermanos vieron en un maestro la esperanza, la esperanza que sigue ardiendo en nuestros ojos, tanto como ese fogón que mi madre prendió todos los días para saciar nuestra hambre.

Narrativa Profesor Morgan.

Chiapas/2015.Coord. Adan Morgan Colectivo 43 x 43Serie 1. De las Condiciones de nuestras escuelas